limbo
Núm. 36, 2016, pp. 113-127
ISSN: 0210-1602

Dioses, poesía, ideales, belleza y naturaleza

Leandro Sequeiros

George Santayana. *Pequeños ensayos sobre religión*. Traducción y presentación de José Beltrán y Daniel Moreno. Madrid, Editorial Trotta, 2015, 112 páginas.

Hace casi un siglo, en 1917, el crítico literario norteamericano, ensayista y estudioso de la semántica histórica, Logan Pearsall Smith propuso al filósofo George Santayana la oportunidad de la edición impresa de un volumen conteniendo una antología de textos selectos de sus escritos organizados por temas. Una especie de antología que sirviera a los seguidores del filósofo hispano-norteamericano para elaborar la síntesis personal. Esta propuesta fue el inicio de una larga relación epistolar entre ambos que se puede seguir en la edición crítica de las cartas de Santayana.

En el anexo final del volumen que aquí presentamos, sus editores, José Beltrán y Daniel Moreno, resumen las líneas fundamentales de esta relación epistolar entre Smith y Santayana. Para cumplir los deseos de Smith, Santayana, que recibió con agrado la propuesta, tuvo que volver a leer sus propios escritos y sugerir a Smith sus propias ideas sobre lo que debería ser ese libro: ni una colección meramente de *pensamientos,* que él creía que podría «saturar y distraer» (carta de 9 de octubre de 1917); ni una sucesión de extractos cronológicos, que además no debían ser largos sino más bien concisos (pp. 105-106).

Como fruto de este diálogo epistolar, llegaron a un acuerdo. Smith hizo llegar a Santayana la selección que había hecho y este

revisó muy a fondo el trabajo de modo que prácticamente lo hizo de nuevo. Al fin, ve la luz esa selección de los textos (etiquetados como «ensayos») más relevantes de Santayana ordenados por temas y que estaban dispersos en los muchos libros que publicó mientras era profesor en Harvard. El texto en inglés de *Pequeños ensayos, extraídos de los escritos de George Santayana por Logan Pearsall Smith con la colaboración del autor* vio la luz en 1920 y fue publicado por la editorial londinense Constable.

Los textos que ahora publica la editorial Trotta en el volumen que comentamos corresponden a la traducción castellana de la segunda parte de *Pequeños ensayos* titulada «Pequeños ensayos sobre religión» y consta de 21 textos. Sobre la solvencia de los traductores y editores no hay duda. José Beltrán es autor de *Celebrar el mundo. Introducción al pensar nómada de George Santayana* (cuya segunda edición vio la luz en 2008) y de *Un pensador en el laberinto. Escritos sobre George Santayana* (2009). Por su parte, Daniel Moreno ha publicado en Trotta su estudio *Santayana filósofo. La filosofía como forma de vida* (2007).

Como escribe el mismo Logan Pearsall Smith en el prefacio (p. 20): «Afortunadamente, logré persuadir al señor Santayana para que realizara esta tarea; de modo que mientras la elección de estos pequeños ensayos es mía en buena medida, sus títulos, orden y disposición, y los cambios u omisiones que se han hecho en los textos originales, no se deben a mi sino a su autor». Esta referencia es de gran importancia para valorar el conjunto de textos contenidos en este volumen: sus títulos, el orden de las materias y la disposición corresponde al mismo Santayana, lo que revela una intencionalidad intelectual en el conjunto que presentamos.

Hay una característica importante: el pensamiento de Santayana que aquí se expresa no está aún marcado por la experiencia traumática de la Primera Guerra Mundial, que se refleja en sus trabajos posteriores no incluidos en esta antología y que fueron viendo la luz a partir de 1920. Para una correcta interpretación de estos ensayos, es conveniente por ello situarlos en el contexto cultural. Los editores coinci-

den en la hipótesis de que la producción filosófica de Santayana (y especialmente sus reflexiones sobre religión) está impregnada por el cambio de paradigma que supuso la publicación en 1859 de *El Origen de las Especies* de Charles Robert Darwin y el debate filosófico, científico y religioso que trajo consigo. Es el debate epistemológico sobre el valor de las ciencias positivas en auge en el mundo anglosajón. La Inglaterra victoriana propició un tenso debate epistemológico a partir de las obras de Darwin y el conocimiento positivo que se centró, entre otros temas, en la polémica que cruzó el Atlántico sobre la verdad del conocimiento del mundo y el valor de las Sagradas Escrituras. Y este debate se extendió al papel de las tradiciones religiosas, filosóficas y culturales, en la sociedad y en la cultura modernas.

También en el departamento de Filosofía de la Universidad de Harvard discutían estos temas con Santayana sus colegas Josiah Royce y William James. Etiquetado como filósofo idealista objetivo, Royce (que fue el director de la tesis doctoral de Santayana) reinterpretaba el fenómeno religioso desde las perspectivas de la filosofía del Romanticismo, entendido como el movimiento cultural originado en Alemania y en el Reino Unido a finales del siglo XVIII como una reacción revolucionaria contra el racionalismo de la Ilustración y el Neoclasicismo, confiriendo prioridad a los sentimientos. Su característica fundamental es la ruptura con la tradición clasicista basada en un conjunto de reglas estereotipadas. La libertad auténtica es su búsqueda constante, por eso su rasgo revolucionario es incuestionable. Debido a que el Romanticismo es una manera de sentir y concebir la naturaleza, la vida y al hombre mismo que se presenta de manera distinta y particular en cada país donde se desarrolla, incluso dentro de una misma nación, se manifiestan distintas tendencias proyectándose también en todas las artes. Las obras clave de Royce son *The World and the Individual* (*El mundo y el individuo*) (1900-01) y *The Problem of Christianity* (*El problema de la cristiandad*) (1913), ambas basadas en lecturas previas. El corazón de la filosofía idealista de Royce era su concepción de que el mundo exterior aparente sólo tiene una existencia real como conocimiento

de un Conocedor ideal, y que este Conocedor debe de ser real y no ficticio o una mera hipótesis.

Por su parte, el tercer tertuliano en Harvard, William James, mantenía una actitud positivista que incluso encontraba pruebas científicas de la inmortalidad del alma. La verdad para James no es una propiedad inherente e inmutable a la idea, sino que es un acontecer en la idea según su verificabilidad. La verificabilidad consiste para James en un sentimiento agradable de armonía y progreso en la sucesión de ideas y hechos, es decir que, al tener tales ideas, éstas se siguen unas de otras y se adecuan también a cada suceso de la realidad experimentada. Estas ideas verdaderas cumplen una función fundamental: son herramientas útiles para el individuo que lo guían en sus elecciones para dirigirse a la realidad de forma satisfactoria y no perjudicial. Su posesión es un bien práctico; lejos de ser un fin en sí mismo, es un medio para satisfacer otras necesidades vitales. En síntesis, para William James lo verdadero es lo útil, entendiendo utilidad como lo que introduce un beneficio vital que merece ser conservado.

En este debate filosófico en Harvard, la aportación de Santayana se centraba en el valor epistemológico de la religión. Desde su perspectiva, lo que filosóficamente se denomina religión es un fenómeno social universal respetable que reviste ropajes diferentes en las distintas tradiciones culturales desde la antigüedad. Por ello, Santayana niega que toda la religión sea una mentira inventada por parte de las clases pudientes para dominar y domesticar a la sociedad inculta, como parecían afirmar los positivistas. Toda expresión religiosa lleva consigo la honesta transmisión de una «verdad». Pero, por otra parte, la religión no es una «verdad» total y absoluta, único referente para el sentido del mundo, como quería la tradición. La religión tiene un valor como concreción de un ideal, expresión de la posibilidad de lo bueno y de lo justo; y en este sentido contiene un valor simbólico, estético y poético humanizador.

No es sencillo sintetizar el pensamiento filosófico de Santayana. Pero en el fondo subyace el mismo interés epistemológico que el de sus colegas Royce y James: la búsqueda de la verdad sobre el mundo.

Y en este sentido, Santayana no solo se interesa por la naturaleza sino también por el fundamento científico de la moral y por la posibilidad de verdad en el fenómeno social de la religión. Los textos que presentamos sobre religión, expresión del pensamiento de Santayana en esa época, reflejan el fruto de estos debates en el departamento de Filosofía de Harvard. Si bien es verdad que los filósofos muestran su desilusión (en el sentido de «des-encantar» de Max Weber, desnudar de pretensiones mágicas y trascendentes) ante las llamadas «verdades» religiosas, no por ello creen que deba ser eliminada como una mala hierba. Sobre todo para Santayana, lejos de querer eliminar la función social de la religión, reitera una y otra vez que posee un valor poético y simbólico humanizador si se purifica de la pretensión de literalidad que la intoxica.

Tal vez sea el momento de intentar definir lo que Santayana nunca hace: ¿qué es lo que entiende por «religión» (sin artículo)? No se mueve nuestro autor en el terreno de la sociología de la religión sino en el campo de las esencias e ideales de corte platónico. En nuestra cultura existen diferentes expresiones sociales que hacen referencia a seres superiores trascendentes que en algunos casos adquieren la categoría de dioses. Son referentes ideales situados en el horizonte de los deseos de plenitud y felicidades más profundos del ser humano que busca lo bueno, lo bello y lo justo. Pero estos referentes no tienen por qué ser antológicamente reales y por tanto verdaderos.

Para Santayana, es necesario romper el vínculo entre religión y realidad. En lenguaje de Max Weber, es necesario des-encantar el mundo, acceder sin mitos a la realidad. No para eliminar la religión sino para purificarla de adherencias que impiden que sea lo que debe ser. De esta manera, pasa a primer plano la relación que Santayana considera fundamental: el vínculo entre religión y corazón humano. Hablar de los dioses es, así, una manera que los humanos tienen de darse a conocer a sí mismos (p. 11).

Santayana habla en sus escritos de «desilusión», en el sentido de desencantar la realidad para acceder como ser humano madu-

ro al encuentro con lo real. Para él (como apuntan sus editores) la desilusión está preñada paradójicamente de ilusión. En el fondo de la apariencia de lo real se encuentra algo que la supera, la modifica, la enaltece. Los editores de este libro describen así esta situación: para Santayana, la naturaleza plantea un ideal, hipostasiado en la figura de Dios, que apela al corazón; ese ideal es lo único salvable de la religión.

Nos encontramos aquí en el núcleo del pensamiento de Santayana sobre la religión. El concepto griego de hipóstasis es rescatado aquí de su valor teológico para significar 'ser de un modo verdadero', 'ser de un modo real' o también 'verdadera realidad'. El término griego tiene como sentido fundamental (a) acción de situar debajo, (b) lo que se sitúa abajo, lo que está al fondo. A partir del segundo, se emplea para aludir a los cimientos de un edificio, a los depósitos o sedimento que puede dejar, por ejemplo, la orina, a los excrementos, al agua estancada; cobra, además de este valor físico, otro de tipo moral, empleándose entonces referido a lo que se encuentra en el fondo del alma, a la firmeza de carácter o al coraje, a lo que otorga fundamento a una obra o a un discurso, y, como término de filosofía, vendría a ser algo así como 'sustancia' individual, es decir, 'realidad' en oposición a 'ilusión'.

Desde esta perspectiva —que se nos antoja de ecos platónicos— la invención de Dios (no solo en el sentido restringido de elaboración de una imagen falsa que se postula como real, sino también en su sentido latino de *invenire*, encontrar algo real que se encontraba oculto) no es mero juego de la fantasía. No es un sueño de la razón que fabula imágenes falsas. «La palabra y la figura ideal de un Dios surge en la mente cuando el ser humano, impulsado por un instinto natural, consigue liberarse de las presiones de la existencia y plasmar el ideal puro» (p. 12). Nos encontramos aquí con el esfuerzo epistemológico de Santayana para acceder racionalmente a lo que está oculto y sostiene la realidad de la naturaleza. «Por eso es ideal y por eso tiene fuerza, mueve porque es natural, pero lanza al hombre hacia arriba, a lo puro, perfecto y armonioso» (p. 12). Este es el

Santayana que escribe manteniendo un difícil equilibrio entre el positivismo y la tradición protestante-católica.

Cinco ensayos sobre el corazón de las religiones

Los cinco primeros ensayos seleccionados por Santayana corresponden a reflexiones filosóficas y epistemológicas sobre religión en general. Partiendo del texto de Bacon de que «un poco de filosofía inclina la mente hacia el ateísmo, pero la profundidad en filosofía acerca las mentes humanas a la religión», Santayana en el primer fragmento, «La naturaleza imaginativa de la religión» reconoce que «Toda religión viva y saludable tiene una marcada idiosincrasia. Su poder consiste en su especial y sorprendente mensaje y en la orientación que tal revelación da a la vida. Las perspectivas que abre y los misterios que propone son otro mundo en el que vivir; y otro mundo en el que vivir —tanto si esperamos pasar a él del todo alguna vez o no— es lo que se entiende por tener una religión» (p. 25). Para él, en nuestra cultura existe una atrofia de la imaginación. «Tal atrofia podría incluso convertirse en general, y Dios desaparecería en ese caso de la experiencia humana, como la música desaparecería si una sordera universal atacara a la humanidad» (p. 25). No se trata en el fondo de buscar como proyecto epistemológico la verdad de Dios, sino de tener capacidad para atisbar las posibilidades de lo bello y lo bueno que se materializa en el ideal de Dios. «Y como nada en el mundo, ni siquiera la verdad, es tan interesante como el genio humano, esas religiones y filosofías increíbles u obsoletas nos acaban resultado deliciosas» (pp. 26-27). Y concluye que las religiones «son una suerte de poesía en la que la gente creía a medias, porque intervino en su vida; una poesía que embelleció y justificó a su juicio los hechos insondables de su culto ancestral, de sus lazos sociales y de su conciencia personal».

El segundo de los ensayos, al que el mismo Santayana tituló como «Prosaicos malentendidos», avisa que «las doctrinas religiosas harían bien en abandonar su pretensión de ocuparse de cuestiones

de hecho». Y es verdad. Desde la óptica de la ciencia y de la epistemología positivista, la religión no tiene nada que decir sobre cómo es el mundo, puesto que «olvida que su función propia es expresar el ideal» (p. 29). Y prosigue: «Porque la dignidad de la religión, igual que la de la poesía, reside precisamente en su adecuación ideal, en dar cuenta ajustadamente de los significados y valores de la vida, en anticipar la perfección; así, la excelencia de la religión se debe a una idealización de la experiencia que, mientras ennoblece la religión si la trata como poesía, la convierte necesariamente en falsa si la trata como ciencia» (p. 29). Con razón, Santayana acusa al cristianismo (y a las religiones en general) de neoplatónicas, puesto que subliman metafísicamente las apariencias ontológicas para elevar el pensamiento humano al terreno de lo ideal, lo absoluto, lo sublime, lo verdadero y lo bello. En este sentido va el tercer fragmento, muy breve, titulado «La premura de creer», donde concluye: «El anhelo por la sabiduría fácil es la raíz de estos errores. Los seres humanos se hacen supersticiosos no porque tengan demasiada imaginación sino porque no se dan cuenta de la que poseen; e incluso los mejores filósofos apenas percibe los méritos poéticos de sus sistemas» (p. 33).

Los ensayos cuatro y cinco tienen contenidos complementarios. En «Patéticas nociones de Dios» (p. 35), Santayana afirma que «Los dioses aparecen a veces, y cuando lo hacen, nos traen un anticipo de aquella victoria sublime de la mente sobre la materia que puede que nunca obtengamos en la experiencia pero que es posible que constantemente alcancemos en el pensamiento. (..) Pero la ilusión momentánea de ese bien realizado nos deja el conocimiento perenne del bien como un ideal. En esto consiste la esencia y la función de la religión». En «La religión griega» añade que en la superstición de la religión de los griegos hay una aspiración a ser como los dioses. Y concluye: «¡Qué inagotable capital de poesía no habría encontrado en esta concepción de unos inmortales llevando una vida humana, sin las sórdidas contrariedades ni limitaciones de lo humano, eternamente jóvenes, francos y diferentes!» (p. 37).

Cinco ensayos sobre la esencia del cristianismo

Tras los cinco primeros ensayos sobre lo que se ha llamado el corazón de las religiones, Santayana seleccionó cinco ensayos sobre el cristianismo antes de abordar once temas diversos relacionados con las prácticas religiosas y el dogma generalmente de sesgo católico observados desde su estatuto epistemológico.

El primer ensayo fue titulado por Santayana como «La Fe cristiana original». Un largo párrafo (p. 40) describe lo que nuestro autor entiende por cristianismo (catolicismo-protestantismo) contraponiéndolo al hebraísmo: «El cristianismo, en tanto que fe viva y práctica en una redención posible y eventual del pecado, del castigo del pecado, y de las múltiples circunstancias que convierten la vida más arrolladora y mundana en un engaño y en un fracaso, implica esencialmente fe en una física sobrenatural, en una economía de fuerzas tal —detrás, dentro y alrededor de las fuerzas conocidas de la naturaleza— que el destino que la naturaleza parece prepararnos pueda ser modificado, y tal que los fracasos se puedan convertir en éxitos, la ignominia en gloria y la humilde fe en visión triunfante: y eso no simplemente por un cambio en nuestro punto de vista o en la estimación de las cosas, sino por una auténtica transformación física e histórica de las cosas mismas. (...) Desde el principio, su alimento diario era la esperanza de un cambio milagroso de escena, de murallas de prisiones derrumbándose a su alrededor, de un corazón íntimamente reconfortado y de una lluvia de cosas buenas desde el cielo».

La visión que Santayana presenta del cristianismo se nos antoja un tanto apocalítica y sectaria, pues la historia muestra que el cristianismo ha sido una fuerza antimundana contra la corriente dominante, pero no movida por un seguimiento de Jesús de Nazaret, sino por el deseo fanático de imponer unos valores ideales surgidos de una fuerza filosófica neoplatónica que piensa en un futuro ideal de bondad, belleza y verdad.

El desgarrador texto titulado por Santayana «El converso» (pp. 43-44) muestra una cara pesimista e irracional del cristianismo. «Lo

que sobrevino al mundo —escribe— (...) no fue una reforma moral (...) ni un régimen ascético —pues eso era practicado por los gimnosofistas idólatras y los filósofos paganos—; ni tan siquiera el amor fraterno dentro de la iglesia —porque los judíos tenían y tienen eso, al menos en igual medida—; lo que sobrevino al mundo fue lo que San Pablo dijo que siempre predicaría: Cristo y él crucificados. Ahí había una poesía nueva, un nuevo ideal, un nuevo Dios».

Pero rechaza esto como una fábula nociva y concluye: «Hay más método, más razón, en esa locura que en la cordura de la mayoría de la gente. De ahí que el creyente en una religión adecuada y madura se aferre a ella con esa extraña tenacidad y la considere como su más preciada herencia, mientras que el observador, cuya imaginación habla otro lenguaje, o bien se quede completamente mudo o bien se maravilla de que una ficción tan salvaje pueda echar raíces en una mente razonable» (p. 44).

El cuarto ensayo, en la línea del anterior, tiene como título «La doctrina cristiana, una alegoría moral». Dentro de su discurso que defiende la fuerza poética de las religiones que las convierte en una épica histórica seductora que oculta la realidad y lanza a los humanos a una tarea histórica equivocada con pretensiones autodivinizadoras, concluye: «Las ficciones cristianas eran al menos significativas: sedujeron, sin duda, al intelecto y se equivocaron en la exposición de los hechos externos; pero iluminaron la imaginación; hicieron que el ser humano entendiera, como jamás lo hiciera antes o después, el sufrimiento y la nobleza de la vida, la necesidad de disciplina, la posibilidad de santidad. Lo divino se alcanzó por la idealización de lo humano. Lo sobrenatural era una alegoría de lo natural y presentaba los valores de las cosas transitorias bajo la imagen de existencias eternas» (p. 49).

Esto nos conduce al cuarto ensayo de esta serie al que titula «La épica cristiana». Para Santayana, todas las culturas subliman su historia construyendo idealizaciones legitimadoras de sus acciones pasadas. Lo mismo sucede en el judaísmo y en el cristianismo. Postulan como «verdades» determinadas narraciones exaltadoras que tejen

la épica de su cultura. «Y cuando los cristianos se referían a Cristo como el Hijo de Dios, sentado ahora a su diestra en los cielos, sus discípulos platónicos pensaron inmediatamente en el *nous* o *logos*, la Inteligencia divina, encarnada, como siempre habían creído, en el mundo entero y, no obstante, verdaderamente la sustancia y esencia de la divinidad» (p. 51) (...) Pero Santayana justifica a aquellos que con honestidad creen: «Tratamos más bien de honrar la piedad y comprender la poesía que se encierra en tales fábulas. Si se aduce que nadie cree en esas fábulas, replicaré que esas fábulas son o han sido creídas con tanta firmeza como la teología cristiana y por personas no menos razonables e ilustradas que los desafortunados apologistas de nuestros propios credos ancestrales» (p. 56)

Ensayos sobre dogmas cristianos

Otro grupo de ensayos que contiene este libro se centra en una reflexión epistemológica sobre los dogmas cristianos. Santayana es consciente de que en el cristianismo hay un mestizaje asumido de las «costumbres paganas infundidas en el cristianismo» (p. 57) dado que «el intelecto occidental, a fin de aceptar el evangelio, tuvo que sublimarlo en un sistema neoplatónico de metafísica».

En «Cristo y la Virgen» (p. 61) afirma que «El Cristo que los hombres han amado y adorado es un ideal de sus propios corazones, la construcción de una personalidad eternamente presente, viva e íntimamente comprendida, más allá de los fragmentos del relato y doctrina conectados con ese nombre». «La Virgen María, cuya leyenda es tan exigua, pero cuyo poder sobre la imaginación católica es tan grande, es incluso una ilustración más clara de esa elaboración íntima de una forma ideal» (ibid.).

En «Ortodoxia y herejía» (p. 63) apunta al peligro del cristianismo de cerrarse sobre sí mismo haciéndose fundamentalista. «La vida humana siempre es esencialmente la misma y, por tanto, una religión, como el cristianismo, se apodera de la esencia de la vida, debería ser una religión eterna» (p. 64). Pero si cambios históricos

modifican valores, el cristianismo se desacreditaría en tanto otra religión ocupase su lugar. Y por eso se resiste a los cambios culturales para preservar su significado ideal de la vida.

Para Santayana, en «El Protestantismo», afirma que el evangelio «es un producto del Este, donde todas las cosas son antiguas e iguales y donde una profunda indiferencia respecto a los asuntos terrenos alimenta una dignidad silenciosa y una gran tristeza de espíritu» (p. 68). Sin embargo, «El protestantismo es exactamente lo opuesto a todo eso. Está convencido de la importancia del éxito y de la prosperidad; abomina de lo vergonzoso; la contemplación le parece ociosidad; la soledad egoísmo, y la pobreza una suerte de castigo deshonroso» (p. 68).

Ensayos sobre pietismo

Los cinco ensayos siguientes lo hemos agrupado bajo el epígrafe del pietismo, como manifestaciones multiformes de la religión que analiza desde la perspectiva epistemológica. «Se puede decir que la piedad, en el más noble sentido romano, significa la reverente adhesión del hombre a las fuentes de su ser, y la ecuanimidad vital que tal adhesión proporciona» (p. 71). Para Santayana, «algunas personas se apiadan de la humanidad en su conjunto. Pero la religión de la humanidad es más un *desideratum* que un hecho (...) Pero la religión de la humanidad es la única religión, el resto son chispas y extractos de ella».

Por eso, la reflexión sobre la piedad lleva a una reflexión epistemológica sobre «La espiritualidad» (p. 75). «La espiritualidad es más noble que la piedad, porque lo que complete nuestro ser y le haga tener dignidad es lo único que puede dotar de valor la fuente de ese ser. Nada espiritual es instrumental. El espíritu es la música y la fruición de las cosas».

La concepción que tiene Santayana de «La oración» (p. 77) es reduccionista y solo tiene en cuenta la oración de petición sin aludir a otras formas de relación con Dios. La oración, para él, es la ex-

presión del deseo de ideal ínsito en el ser humano. «La oración, al confrontar el ideal con la experiencia y lo ineludible, tiende a hacer el ideal humano práctico y eficaz». Y concluye: «La oración, en resumen, si bien no consigue nada material, instituye algo espiritual. No hará que llueva, pero, mientras tanto, puede cultivar la esperanza y la resignación y puede preparar el corazón para cualquier eventualidad» (p. 79)

Todo ello nos conduce a «El miedo a la muerte» (p. 81) y a la consideración sobre «Ciertos fenómenos psíquicos» (p. 83). Según Santayana, «Para aquellos que buscan con sinceridad la muerte, la muerte no es un mal sino el sumo bien». En el corazón del ser humano late el deseo de inmortalidad que supera el umbral de la muerte. «No es menos irrelevante para una inmortalidad supramundana la duración del tiempo por el que los espíritus humanos quedan condenados a actuar en la tierra una vez que sus cuerpos quedan en reposo».

Ensayos sobre el más allá

Los últimos cuatro pequeños ensayos sobre religión seleccionados, ordenador y titulados por Santayana tienen como eje vertebrador el tema del más allá, lo que los teólogos denominan escatología. «Una vida futura» (p. 83). Para nuestro autor, «La vida futura está mejor representada, después de todo, por los ideales francamente materialistas, que suelen ser desdeñados por los cristianos —como platónicos que son—». Un buen materialista lucha por dejar tras de sí un mundo más justo y humano, mientras que los cristianos piensan en la recompensa eterna. Es ese «Desinteresado interés por la vida» (p. 89), donde Santayana recupera el materialismo de Lucrecio. «El alma de la naturaleza —es decir, sus elementos— es entonces, según Lucrecio, realmente inmortal; solo la individualidad humana, la casual composición de esos elementos, es transitoria» (p. 90).

En la esencia más profunda del ser humano está el ideal del acceso a algo permanente, sólido, absoluto. «El amor platónico» es uno

de los ensayos de esta selección. Para Santayana, «El amor platónico aplica la pasión de la búsqueda de algo permanente en un mundo en cambio, de algo absoluto en un mundo de relatividad, que era la esencia de la filosofía platónica» (p. 93). Este es uno de los ensayos más densamente filosófico, en el que desde la metafísica platónica se ahondan muchas de las ideas dispersas en los ensayos anteriores. El deseo humano de plenitud (de bondad, belleza, amor) se satisface cuando la mente, a través de las apariencias, penetra en el universo de las esencias, de los ideales identificados con la divinidad, encontrando así la fuente de la verdad y del sentido de la vida. «Tal lejos está ese ideal de ser ilusorio, diría Platón, que es la fuente del mundo, el poder que nos mantiene existiendo» (p. 95).

«La Inmortalidad ideal» (p. 97) es el último de los 21 pequeños ensayos sobre religión. Santayana lo eligió para este lugar, como una especie de colofón ideal de todo lo dicho. «Igual que el sufrimiento y el heroísmo de la vida consisten en aceptar como una oportunidad que el destino haga que nuestra propia muerte, parcial o total, sea útil a los demás, también la gloria de la vida consiste en aceptar el conocimiento de la muerte natural como una oportunidad para vivir en el espíritu» (p. 97). La inmortalidad es un ideal, un horizonte platónico. Un deseo que por el hecho de existir cobra realidad en la imaginación y fortalece la tarea de empujar la religión de la humanidad.

Conclusión

Los intentos de George Santayana a lo largo de la primera etapa de su vida por acercarse epistemológicamente a la religión, están plasmados en estos *Pequeños ensayos sobre religión,* publicados en 1920, un momento de inflexión en la vida de nuestro autor. La religión no trata, por tanto, de hechos; sino que idealiza la experiencia a través de la imaginación y de los deseos humanos. Y tampoco la religión trata del universo, ámbito reservado para la física o la cosmología. Por eso, Santayana equipara religión y poesía. Si la religión

se lee literalmente se convierte en superstición. Esto lleva a situar el esfuerzo humano en el centro del acontecer filosófico y a integrar la ciencia, la moral, la imaginación, la poesía, la belleza y la bondad en un universo mágicamente racional.

Doctor en Ciencias Geológicas y Licenciado en Teología
Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Zaragoza
Residencia San Rafael
C/ Juan de Mena, 2
41700 Dos Hermanas (Sevilla)
E-mail: lsequeiros@probesi.org